

cambio cree que me lastiman mucho sus intimidades con el vizconde, y procura que las presencie con la frecuencia posible.

—De manera que el tal vizconde es universal...

—Está de moda también... Pero ¡Dios mío! —exclamó de repente la marquesa cambiando de tono y poniéndose de pie.—Mi pobre defendida está perjudicándose con mi conversación.

Y tendió sus manos y presentó ambas mejillas á Isabel.

—Quedo haciendo votos por el mejor éxito de tu noble empresa,—dijo ésta dándola un beso en cada carrillo y recibiendo otros dos simultáneos.

Y con esto y los apretones de manos y los adioses de ordenanza, salió la marquesa de la sala y quedóse en ella Isabel un poco pensativa.

Habíale enconado mucho sus resentimientos con la de Rocaverde el recuerdo de ésta evocado con su amiga, y se daba á cavilar con más empeño sobre un plan de *venganza* tan pronta como ejemplar.

Esto por una parte. Por otra, la sospecha de sus intimidades con el vizconde, manifestada por la condesa, no dejaba de escocerla un poco el ánimo. Verdad era que su conciencia estaba tranquila; verdad también que á la marquesa la

hacía hablar un despecho de mal género, y verdad, por último, que la tal marquesa no tenía un adarme de sentido común; pero ¿no podía haber nacido aquella misma aprensión en otras personas más discretas? ¿Y á qué fin había de sospechar nadie de ella, que era honrada y leal á sus deberes?

La verdad es que Isabel permaneció largo rato sumida, aunque no muy profundamente, en esas meditaciones, y que sólo salió de ellas cuando un fámulo llegó anunciándole la visita del vizconde del Cierzo.

—¡Que no estoy visible!—exclamó con ira, encaminándose rápida á su gabinete.

Pero no tuvo tiempo de llegar á él. Acababa de entrar y se hallaba delante de ella, planchado, perfumado, pulido, rizado, intachable de elegancia y apostura, el anunciado personaje.

### III

Antes de pasar más adelante, van á saber ustedes quién es ese dichoso vizconde tan traído y tan llevado.

Tenía apenas veinticinco años cuando murió su padre, dejándole una renta de cincuenta mil duros. Era hermoso, cuanto puede serlo el maniquí de un sastre parisiense, y había recibido la más acabada educación en los mejores

picaderos, garitos y otros puntos *culminantes* de Madrid: en todas partes, menos en la universidad.

Así, pues, conocía en literatura el género *flamenco*, y en historia el *reinado* de don Juan Segundo, el famoso picador de caballos.

Por ende, tuteaba á Cúchares, se hombrea con Leotard, y conocía á los *artistas* del hipódromo con todos sus pelos y señales.

Aunque de la pata del Cid, don Francisco Pérez de Vargas, Guzmán, Machuca, Moncada, etc., etc., y por contera vizconde del Cierzo, en la necesidad de elevarse á la región social que sus instintos apetecían, desprendióse de buen grado, como de otros tantos estorbos, de sus apellidos linajudos, y quedóse Francisco Pérez á secas. Pero, en su afán de popularidad, parecióle esto todavía poco gráfico. Faltábale al nombre cierto aderezo indispensable á un personaje de su posición y de sus aficiones. Felizmente, un banderillero resolvió la dificultad, llamándole una noche, en el Suizo, *Frasco Pérez*. Desde aquel instante quedó aceptado el nombre como mote de guerra, y comenzó á volar su fama por todos los rincones de Madrid y un poco más afuera.

Su prurito era la originalidad, y ésta la ostentaba en calles y paseos, en sus trajes, en sus trenes, y hasta en el dije más insignificante

que llevara sobre su persona. Los sastres se le disputaban para vestirle, los zapateros para calzarle y las fábricas de coches para construirselos ajustados á su fantasía. Impuesto de este modo su gusto á los *artistas*, quienes de éstos se valían, por necesidad, no tuvieron más remedio que pagar algún tributo á las originalidades de Frasco Pérez.

Alardeaba de rumboso, y lo era; y para correr la fama de sus proezas de este género, contaba con un estado mayor de admiradores que, por afecto á su persona, y no por lo que se les pegaba, comían con él, asistían á su palco en los teatros, montaban sus caballos, paseaban en sus carruajes, y hasta se ponían sus abrigos.

Contábanse de él mil originalidades. Ya, que daba la puntilla á los caballos, ó que pegaba fuego á los carruajes que había regalado á sus queridas desechadas; ya, que hacía forrar de terciopelo y oro las paredes de la cuadra de su jaca favorita; ya, que regalaba una fortuna en pedrería á una bailarina en la noche de su beneficio; ya, que enviaba á planchar las camisas á París, después de haberlas lavado en Andalucía... En fin, todo se contaba de él menos que hubiese dado jamás unos calzones viejos á un pobre. Eran, pues, sus gastos reproductivos, si no en dinero, en fama, que era lo que él

buscaba; ambición tan legítima como cualquiera otra.

Pero esta fama no paraba en Madrid. Cándidos forasteros seguían de lejos la marcha triunfal de Frasco Pérez, y al tornar á sus hogares se creían muy honrados si llevaban una levita que se diera un aire á las que gastaba el famoso madrileño. Y de él le hablaban á usted en todas partes, y referían sus hazañas más ruidosas, y, aumentando el entusiasmo con la distancia, casi le ponían en la categoría de los grandes hombres de la época. De este modo, Frasco Pérez era tan popular en las capitales de provincia como en la de España; hasta el punto de que, provincianos que llegaban primerizos á Madrid, preguntaban dónde podrían conocer á Frasco Pérez, antes que por posada en que albergarse.

Cuando ya nada le quedó que ambicionar en punto á *gloria*, y cuando su caudal había sufrido no pequeña merma, acordóse de que existía otro campo en que espigar, en el cual podrían darle fácil entrada la fama de sus prodigalidades y su olvidado título nobiliario.

Así fué que, sin largas meditaciones, dejó la elegancia cursi con que tanto había brillado, los gabanes á media nalga, los tacones hiperbólicos, las corbatas de fantasía, los carruajes vaporosos, los lacayos macarenos, etc., etc., y

se dió al boato serio: al saco de anchos vuelos, al severo frac, á la nívea corbata, al cochero asturiano de maciza pantorrilla, y á la grave carretela; olvidó las bailarinas por las marquesas, y se introdujo resueltamente en los salones del gran mundo, que se creyeron muy honrados al dar albergue á aquella oveja descarriada hasta entonces entre las escabrosidades y malezas de la vida airada.

Comenzaba á favorecerle también la fortuna en sus nuevas empresas, cuando se encontró con Isabel, y no tardó en conocer la diferencia que había entre este carácter y los que hasta entonces había tratado en la «buena sociedad.» Parecióle su conquista, ya que no imposible, muy difícil, y trató de acometerla con los recursos de la estrategia más acreditada. Al efecto, estudió el terreno y estableció su principal batería en el de la marquesa del Azulejo, de facilísimo acceso, desde donde podía hostilizar á su gusto el objeto de sus afanes. Así se explica su familiaridad con Isabel, familiaridad que tanto había chocado á Ramón. Era el íntimo amigo y acompañante de la marquesa, y ésta no se separaba jamás de Isabel. Conocía perfectamente las horas á que estaban en casa y fuera de ella los distintos individuos de ambas familias, y sabía sacar gran partido de esta circunstancia.

Dígalo si no su falta de asistencia á la cita que le dió el marqués, según acabamos de oír á éste. Lejos de acudir á ella, observó desde sitio conveniente la salida de las personas que hemos visto despedirse de Isabel; subió á casa de la marquesa cuando estaba seguro de no hallarla en ella; bajó á la de su amiga, donde se coló como hemos dicho, y fingiendo sorprenderse mucho al encontrarla sola.

—Mil perdones—dijo:—me acaban de asegurar arriba que hallaría aquí al marqués, y me he permitido...

—El marqués—respondió Isabel con la mayor sequedad,—ha salido ya de aquí y le espera á usted.

—Efectivamente—repuso el vizconde, deseando entrar en conversación:—el marqués me necesitaba hoy...

—Como de costumbre.

—¡Tan temprano y tan satírica!

—No hay tal: él mismo acaba de confesármelo. Parece que le es usted indispensable, sobre todo en la elección de caballos para los carruajes de la marquesa.

—Cierto es que ha dado en el capricho de comprar ciertas cosas á mi gusto; y, consecuentemente en ese propósito, me citó para esta mañana, en su casa, á las diez y media; pero he venido algo más tarde y me he encontrado sin él.

—¡Contrariedad lamentable!

—No para mí, pues me proporciona el placer de ver á usted una vez más.

—Es usted incorregible.

—Y usted implacable.

—Soy buena amiga de usted, y quiero ahorrarle un trabajo inútil.

—Es usted muy compasiva—replicó con despecho el apasionado joven.—Lástima que no pueda yo corresponder con toda mi gratitud...

—¿Por qué no?

—Porque no es la compasión la recompensa que merece la pasión que usted me inspira.

—Vuelve usted á olvidar que habla conmigo,—dijo Isabel con glacial desdén.

—Y ¿qué haría yo—exclamó el vizconde con creciente entusiasmo,—para demostrar á usted todo lo grande, todo lo profundo del afecto que la consagro?

—Ocultarle donde yo no le vea.

—¿Le teme usted acaso?

Isabel miró al títere con la sonrisa más despreciativa.

—No, me repugna,—contestó en seguida.

—¡Virtud sublime!—exclamó con cierto tono de ironía.

—Mujer honrada, y nada más,—contestó Isabel con firme acento.

—¡Oh, yo te humillaré!—se atrevió á pensar el mentecato.

—Me permitirá usted recordarle—añadió Isabel cambiando de tono y dando un paso hacia la puerta de su gabinete,—que le espera el marqués.

—En efecto—respondió el vizconde rebotando de despecho:—lo había olvidado ya... Así, pues... hasta la noche,—continuó sin moverse del sitio en que se hallaba.

—¡Cómo!

—Porque supongo que no faltará usted á la reunión de la Rocaverde.

—Es probable, en efecto, que asista á ella.

—Tengo noticias—continuó el impávido en su afán de prolongar la visita,—de que se hacen esfuerzos heróicos para que la fiesta exceda en brillo á cuantas la han precedido y puedan sucederla.

—Recursos no faltan á esa señora si quiere utilizarlos,—dijo Isabel por decir algo.

—Sin embargo—replicó el otro, deseando dar interés á la conversación,—de los que destina á su propia persona, puede faltarle uno.

—¿Pues cómo?

—Anda por medio cierto aderezo...

—¿Eh?—interrumpió Isabel picada de su demonio tentador.

—Un aderezo—continuó el vizconde más animado.—Un aderezo que...

Y se detuvo de repente, como si temiera decir algo más de lo que convenía.

Pero esta reserva excitó más la curiosidad de Isabel, que había comenzado á acariciar una esperanza.

—Veo—dijo con intención de obligar más al vizconde,—que ese aderezo encierra algún misterio, y me arrepiento de haber intentado descubrirle.

—¡Qué diablo!—exclamó el vizconde como si venciera un escrúpulo.—¿Por qué no lo ha de saber usted? Se trata de un aderezo que vale algo más de lo conveniente para esa señora.

—¿Tan económica se ha vuelto?—preguntó Isabel con aire de la más inocente sencillez.

—Ó tan necesitada. Vale la joya dos mil duros.

—¿Y cuánto da por ella?

—Treinta mil reales.

—¡Diferencia harto mezquina!

—Sin embargo, se disputa hace un mes.

—No lo comprendo.

—El joyero no vende más que al contado á ciertos parroquianos.

—¿Y qué?

—Que la Rocaverde, por más que expri-

me y combina, nunca saca más de treinta mil reales.

—Pero tendrá crédito.

—Hasta cierto punto,—dijo con sonrisa burlesca el vizconde.

—¿Y tanto empeño muestra por la joya esa señora?

—Júzguelo usted: ha cometido la ligereza de enseñársela en el escaparate á algunas de sus amigas, como cosa ya de su pertenencia y comprada exclusivamente para estrenarla esta noche.

Isabel no podía ocultar su gozo porque la fortuna se mostraba con ella más que propicia. Se le venía á la mano la ocasión más oportuna que podía desear para satisfacer su mayor anhelo.

—¿De manera—insistió con ansiedad,—que todavía no es suyo ese aderezo?

—Ni mucho menos,—respondió el vizconde, sin acabar de comprender el interés que Isabel iba mostrando en el asunto.

—¿Y cree usted que llegará á serlo?—volvió á preguntar.

—Sí yo no quiero, no.

—¿Cómo así!—dijo Isabel visiblemente disgustada con tal respuesta.

—Muy sencillo—replicó el vizconde perfectamente en su terreno ya.—He presenciado alguna de las infinitas luchas que han tenido el

joyero (que precisamente es el de usted) y la compradora; y como conozco la dificultad material en que ésta se halla de vencer el obstáculo y la debo no pocas atenciones, he querido proporcionarla hoy un buen rato. Al efecto, he dicho al joyero: «envíe usted el aderezo á esa señora, diciéndola que acepta su oferta; y yo le respondo á usted de la diferencia, y aun del valor total si es necesario.» De manera que á la hora presente esa joya es mía más que de la Rocaverde.

—¿Aunque yo se la pida al joyero?

—Aunque usted se la pida; porque precisamente para prevenirme contra toda eventualidad, le dije que puesto que el aderezo quedaba por mi cuenta, no dispusiera de él sin mi permiso verbal ó escrito.

Isabel se quedó pensativa, sin poder disimular el disgusto que esta contrariedad le causaba. El vizconde, por el contrario, veía en el afán de aquélla algo que le ofrecía una ocasión de serle necesario, y lo tomó en cuenta.

—Hablemos claros, Isabel—dijo sin preámbulos.—¿Usted desea adquirir ese aderezo?

—Sí—respondió Isabel sin escuchar más que á su capricho,—y á todo trance.

—Pues de usted será.

—¿Cómo?

—Haciendo que se le entreguen á usted.

—¿Y qué dirá esa señora?

—Ya inventaremos una disculpa.

—Entonces envíe por él...

—¿Olvida usted que es indispensable que yo mismo dé la orden?

Isabel no pudo disimular un gesto de desagrado.

—¿Y por qué ese reparo?—dijo el vizconde tratando de vencerle para el mejor éxito del plan que se proponía.—Yo tengo que pasar ahora por la joyería necesariamente. Nada más sencillo que decirle al joyero que envíe el aderezo á su casa de usted en lugar de enviarle á la de esa otra señora. Él se alegrará mucho del cambio... y á mí me saldrá más barato el servicio,—añadió sonriendo maliciosamente el galante personaje.

Isabel vió cumplido su afán de tanto tiempo y no reflexionó más.

—Pues bien—dijo resuelta:—aceptó ese favor, y prometo en pago de él explicar á usted esta noche la causa de este capricho.

—Y yo voy á dar el recado inmediatamente.

—Hasta la noche... y gracias,—dijo Isabel con amable sonrisa.

—Iré á recogerlas,—respondió el vizconde despidiéndose y saboreando el placer que sentía al considerar el arma que en sus manos colocaba Isabel.

—He aquí—pensaba ésta entre tanto,—cómo hasta del hombre más molesto y antipático puede sacarse un gran partido... ¡Oh! ¡no digo dos mil duros, diez años de mi vida me hubieran parecido hoy poco para comprar una ocasión como la que se me presenta de humillar la tonta vanidad de esa mujer!

## IV

Una hora más tarde, y vueltos ya de paseo Carlos y Ramón, éste bostezaba aburrido y solo en el salón que ya conocemos, mientras su hermano despachaba un asunto urgente, de los mil que le ocurrían á cada instante, desde que había dado á sus negocios una extensión tan extraordinaria. De pronto apareció un criado, llevando un grande y vistoso estuche sobre una bandeja de plata.

—¿Adónde vas con eso?—preguntó maquinalmente Ramón.

—Acaban de traerlo para la señorita,—respondió el fámulo.

Ramón, que, como buen aldeano, era curioso, detuvo á éste, cogió el estuche, miróle por todas partes, le abrió al cabo, y entonces los rayos de un verdadero pedregal de diamantes le hirieron la vista.

—¡Santísimo Dios!—exclamó echándose hacia atrás.

Después volvió á observar *aquello* con mayor detención, hasta que fué cayendo en la cuenta de lo que era.

—¡Y decir á Dios—pensó,—que por estos cuatro colgajos se habrá pagado un dineral!

En esto observó que por debajo de una de las piezas de la alhaja asomaban las puntas de un papel cuidadosamente plegado.

—Será la cuenta—se dijo.—Vamos á ver si asciende á tanto como las otras dos juntas.

Tiró del papel, le desdobló... y se quedó hecho una estatua al leer en él lo siguiente:

«Cumpló, Isabel, el más grato de mis propósitos, haciendo llegar á sus manos el disputado aderezo, y espero verle esta noche por corona sobre la reina de la belleza. Allí estará para recoger las prometidas gracias, su apasionado

VIZCONDE.»

El primer cuidado de Ramón, después de leer esta fineza cursi, disimulando cuanto pudo la impresión que le causaba, fué despedir al criado.

—Yo se lo entregaré á mi cuñada,—le dijo.

Solo ya con lo que él creía cuerpo de un delito, le dió cien vueltas entre sus manos; le leyó otras tantas; apostrofó á su cuñada de mil mo-

dos diferentes; imaginó cincuenta planes de castigo para la que así abusaba de la hidalga confianza de un hombre como su hermano, y concluyó por comprender que no había más que un partido que tomar: hacérselo saber á Carlos. Esto podía conseguirse de dos maneras: en el acto, ó esperando á que los acontecimientos hicieran más notoria la criminalidad de Isabel. Lo primero le pareció muy cruel para su hermano, que ni sospechaba siquiera la posibilidad de tamaño desastre. Lo segundo era, sin duda alguna, más prudente, y á ello se atuvo.

Por de pronto se guardó el papel en el bolsillo, y llamó á su cuñada.

Al salir ésta de su gabinete, la presentó el estuche.

—Esto han traído para tí,—le dijo observando cuidadosamente su semblante.

Isabel se abalanzó al estuche, le abrió, devoró con sus ojos el aderezo; pero no dijo una palabra.

—Creo que viene—añadió Ramón intencionalmente,—de parte de... del vizconde de... de no sé cuántos.

—Ya lo sé—respondió Isabel sin disimular su contento.—Le esperaba.

Y dando á Ramón las gracias con la más hechicera de las sonrisas, volvió á su gabinete y se encerró en él.

¡Calculen ustedes lo que pasaría entonces por el ánimo del sencillo montañés, que no conocía, como el lector y yo, la historia de aquel *regalo!* Pensó ver á su cuñada roja delante de la prueba de su pecado, y se la halló risueña, desenvuelta y hasta burlona, como si el pecar así fuera su oficio.

Este nuevo, gravísimo dato, estuvo á pique de dar al traste con su plan de prudencia. Púsole fuera de sí, y, como una fiera en su jaula, dió cien vueltas en la habitación; trató de penetrar en la de su hermano para contárselo todo; retrocedió arrepentido; volvió á leer el papel; tornó á guardarle en el bolsillo... hasta que felizmente le llamaron á almorzar cuando más enredado se hallaba entre tan opuestos pareceres; pero en la mesa observó á su cuñada más risueña, más amable y más expansiva que nunca con su marido, y ya no le quedó la menor duda de que le estaba engañando. Súpole á rejalgar cada bocado, y se encerró en el silencio más sombrío.

## V

Poco tiempo después pasaba en el cuarto segundo una escena que merece referirse para mayor claridad de este asunto.

El marqués había llegado sin ver al vizcon-

de, y la marquesa con el pleito perdido. Estaba, pues, la apreciable pareja dada á todos los demonios.

—¡Ya podía yo estar esperándole hasta el día del juicio!—exclamaba el pobre hombre dando vueltas por la habitación.

—¿Conque tampoco ha ido á la prueba?—le preguntó la marquesa.

—¡En eso pensaba!

—¡Vaya una formalidad!

—¡Cuando te digo que es un zascandil!...

—¡Cuando te digo que tienes muy poco aguante!

—¡Otra te pegol!...

—Ya has oído que vino á casa después que tú saliste de ella. ¡Tenías tanta prisa!

—¡Esta es más gorda! ¿Quién sino tú estaba de prisa? ¿Quién sino tú me hizo salir de casa á aquellas horas? Lo que te aseguro es que no tenía grandes deseos de encontrarme.

—Aprensiones tuyas.

—¿Aprensiones mías? ¡También es fuerte cosa que para todos has de hallar una disculpa siempre, menos para mí!...

—Eso te probará que no la mereces.

—Pues juzga tú misma la oportunidad con que se la aplicas ahora á tu amigo. Figúrate que, cansado de esperarle en la caballeriza y de pasearme por la acera de la calle y de mirar hacia

todos los puntos por donde pudiera asomar, me acordé de que á aquellas horas solía hallársele en el bazar de su joyero haciéndole la tertulia con otros desocupados como él. Deseando concluir de una vez el enojoso asunto que me sacaba de casa, me voy en aquella dirección; llego á la joyería... y ¡te aseguro que tenía que ver aquello cuando yo entré!

Al decir esto cambió de tono el marqués adoptando un airecillo de maliciosa reserva; pero tan desgraciado, que no logró excitar la curiosidad de la marquesa.

—¿Y qué me importa eso?—repuso con el mayor desdén.

—Nada. Pero figúrate, para formarte una idea, que se trataba de cierto aderezo regalado por... cierto prójimo á... cierta mujer de su marido; que esta mujer le irá luciendo esta noche á la recepción de la Rocaverde, y que el podenco del marido irá quizás á su lado tan satisfecho y tan orondo...

—Todos son lo mismo.

—Hasta cierto punto, querida. Cosas hay que el más lince no las ve; pero hay otras tan gordas, que para dármelas á mí por corrientes, muy recio había de tronar.

—Porque tú eres una excepción... Pero, después de todo, ni ese lance tiene nada de raro, ni veo por qué me lo cuentas.

—De raro no tiene, en efecto, gran cosa, por lo que hace al fondo; pero hay algo en la forma que indigna. Bueno que cada hombre tenga un enredo, ó diez, ó veinte, si por ahí le arrastra el demonio, ya que hay mujeres que se prestan á ello; pero tenerlos de modo que todo el mundo los conozca y con el único afán de darse importancia, como le sucede á ese títere de vizconde... ¡Ayl... ya la solté.

Oirlo la marquesa y dar un brinco como si le hubiera picado un alacrán, fué todo una misma cosa.

—¿Conque según eso se trata del vizconde?—preguntó con ansiedad.

—Ya que lo dije...

—Y bien...

—Pues nada, que, por lo visto, llegó el vizconde á la tienda, que estaba llena de ociosos; pidió un magnífico aderezo, y después de hablar algunas palabras con el joyero, escribió en un papel algunos renglones, se los leyó por lo bajo á varios de los circunstantes, metió el papel en el estuche, puso éste en manos de un dependiente, y le dijo en voz recia:—«Á casa de...» Y pronunció un nombre muy conocido en Madrid. Después, volviéndose hacia los mismos á quienes había leído el papel, les dijo:—«Al vérselo puesto esta noche, me diréis si mis esfuerzos eran *escarceos ociosos*, como me asegu-

rábais á cada instante.» En este momento llegué yo, y chocándome estas palabras que cogí al vuelo, traté de que me las explicaran; pero sólo conseguí averiguar lo que te he contado. Ahora bien: como la dama es de copete y el vizconde hombre de ruido, calcula tú el que se armaría en la tienda con semejante suceso.

—Pero no me has dicho el nombre de esa dama,—repuso la marquesa echando lumbre por los ojos.

—En cuanto al nombre, hija mía—observó el marqués con la mayor ingenuidad,—no me fué dado averiguarle, por más esfuerzos que hice.

—Pues ¿qué me importa lo demás?—exclamó su dulce mitad en una verdadera explosión de ira.

—¡Ah! se me olvidaba lo más notable. Parece que el aderezo regalado á esa dama es uno que estaba destinado á la Rocaverde para esta noche.

—Le conozco entonces.

—¡Tú!

—Sí, porque ella me le enseñó en el escaparate al pasar, uno de estos días; pero me aseguró que era ya cosa suya, y en esta cuenta estaba yo.

—Pues ahí verás.

—¡Pero eso es una vileza!

—¡Bah! una de las viejas mañas de ese mozo,

y nada más. Desengáñate, el vizconde no busca los triunfos sino por el escándalo, y le importa poco que existan con tal de que el público los acepte como hechos consumados.

—¿Y la honra de una mujer no merece más respeto?—dijo la ex-mística hecha una furia, como si ella fuese el guarda jurado del honor ajeno.

—Pues, hija mía, de tipos como el vizconde está lleno el mundo.

—¡Buen consuelo!

—Con tal de que os sirviera de gobierno...

—¿Para qué?

—Contesto á lo que preguntas.

—¡Estúpido!—murmuró la marquesa mirando á su marido con gesto despreciativo y volviéndole la espalda.

—Que se pierda por mala una mujer—pensó el marqués viendo alejarse á la suya,—vaya con Dios, si ese es su destino; pero que se la lleve el diablo, como á ésta, por averiguar lo que no le importa un rábano, no lo comprendo.

Y se quedó tan conforme.

## VI

Aquella misma noche se hallaban alrededor de la chimenea en casa de Isabel, esperando á

que ésta diera la última mano á su prendido, la marquesa, su marido, Carlos y Ramón. La primera, hecha una verdadera lástima de encajes y pedrería; el segundo, de rigurosa etiqueta; Carlos, de bata y pantuflas, y Ramón como siempre. El marqués revolvió los tizones; su mujer miraba sin pestañear los monigotes de la chimenea; Ramón no cabía en la butaca, de desasosiego, y Carlos, más pálido y ojeroso que nunca, miraba cómo se retorcían las cintas de fuego entre los tizones, que se iban consumiendo á su contacto, como la humana vida entre las malas pasiones. Ninguna conversación llegaba á formalizarse allí, por más que el marqués las apuntaba de todas clases, y Carlos trataba de conjurar aquella monotonía recordando á la marquesa su perdido pleito. Así se pasó una hora.

Al cabo de ella apareció Isabel.

Y aquí lamento yo mi falta de erudición indumentaria, pues por ello me es imposible decir al lector de qué tela era el vestido de la hermosa dama, cómo se llamaba cada pieza de adorno, cuántas eran estas piezas, á qué época de la historia respondía la falda, ó á cuál las ondulaciones ó escabrosidades del peinado, y tantísimos otros interesantes pormenores que no se le escaparían en este caso al último de los cronistas del «buen tono.»

Únicamente diré, y eso por decir algo, que

los altos del cuerpo del vestido iban sumamente bajos, y que los bajos de las mangas subían hasta muy cerca del sitio que debían ocupar los altos del cuerpo, merced á lo cual Isabel llevaba al aire libre mayor cantidad de carnes que la que autorizan una moral severa y los usos ordinarios de la sociedad. Esto aparte, Isabel estaba deslumbradora de hermosura... y de diamantes. Llevábalos sobre el pecho, sobre la cabeza, en las orejas y en los brazos; y aunque tan desparramados iban, Ramón reconoció en ellos los mismos que por la mañana había visto amontonados en un estuche. Este reconocimiento le hizo dar un brinco sobre la butaca, brinco que sacó á la marquesa de sus meditaciones y la obligó á volver la cabeza hacia Isabel: fijóse entonces en el aderezo, que brillaba como un incendio con los fuegos cruzados del salón y de la chimenea, y lanzó á poco un ¡Jesús! que hizo abrir un palmo de boca al marqués, que iba, con los ojos, de la marquesa á Isabel, de Isabel á Carlos y de Carlos á Ramón, sin acabar de comprender la causa de aquellos ademanes extremosos.

Carlos, entre tanto, observaba el cuadro con la mayor serenidad. Su rostro, como de costumbre, era un pedazo de mármol sobre el cual no asomaba el menor destello de la situación de su ánimo.

Isabel, objeto entonces del escándalo de unos y de la curiosidad de otros, se calzaba los guantes risueña; y de seguro era el personaje, de cuantos formaban el grupo, que tenía el alma más en reposo.

Á todo esto, la marquesa había dejado la butaca; Ramón se paseaba por la sala hecho un veneno, y el marqués, acercándose disimuladamente á su mujer, le preguntaba por lo bajo:

—¿Qué pasa?

—El aderezo,—respondió ella con ira concentrada.

—¿Qué aderezo?

—¡El de tu cuento, imbécil!

—¿Dónde está?

—Sobre Isabel.

—¡Zambomba!—exclamó el meleno abriendo medio palmo de boca y mirando á Carlos con ojos de compasión.

—¡La gazmoña! ¡La virtud de bronce!—murmuraba trémula su mujer.

—¡Qué fortuna la de ese pillo!—se atrevía á pensar el marqués.

—Cuando ustedes gusten,—dijo Isabel, echando sobre sus hombros túrgidos un elegante abrigo.

Y mientras la marquesa se ponía el suyo y el marqués se vestía un gabán sobre el frac,

Ramón, trocando en apacible su gesto de hiel y vinagre, se acercó al grupo diciendo:

—Un momento más, si ustedes me le conceden. En estos salones de Madrid, ¿se admite á los hombres honrados en su traje habitual?

—Según sea el traje,—contestó Isabel riendo.

—El mío, por ejemplo,—dijo Ramón muy serio.

—Tanto como eso...—observó Carlos movido de cierta curiosidad.

—Entonces—añadió Ramón dirigiéndose á éste,—te ruego que me prestes un frac con todas sus inherentes zarandajas.

Imagínense ustedes la sorpresa que causaría en los circunstantes tan inesperada salida.

—¡Extraña pretensión!—le dijo Carlos.

—Nada de eso—respondió su hermano:—he pensado que ver este pueblo en las calles, no es ver á Madrid; y como yo he venido á verle, de paso que á tí, quiero estudiarle una vez siquiera en los salones... aunque no sea más que por llevar algo curioso que referir en el lugar. Pero es difícil que vuelva yo á hallarme tan dispuesto como ahora á dar ese paso, y que se me presente una ocasión tan favorable como la reunión á que ustedes van esta noche. He aquí por qué me propongo asistir á ella, en la inteligencia de que Isabel no tendrá á desdoro presentar

en la buena sociedad á un hermano tan rústico como yo.

—Pero ¿hablas de veras?—insistió Carlos lleno de extrañeza, mientras Isabel se hacía cruces y el marqués se pasmaba y la marquesa se daba á los demonios con aquella nueva contrariedad.

—Como si fuera á morirme,—respondió Ramón resueltamente.

—Entonces—dijo Carlos,—si estas señoras quieren tomarse la molestia de esperar un rato, yo me comprometo á transformarte en un elegante de primer orden.

—¿Y qué mayor gloria para mí—añadió Isabel riéndose de veras,—que contribuir á reconciliar con las vanidades del mundo á un filósofo como Ramón?

—Va á ser el gran acontecimiento de la noche,—observó el marqués con un poquillo de ironía.

—Será lo que usted guste—le dijo Ramón saliendo con su hermano;—pero me ha entrado ese antojo... y yo soy así.

Carlos tenía bien conocido el carácter de Ramón, refractario á toda sujeción, incompatible con todo género de etiquetas; hábale observado desde el mediodía, inquieto, sombrío, receloso; había notado también un repentino sobresalto al acercársele Isabel últimamente, y, por

fin, su pretensión de asistir con ella á una fiesta del gran mundo, le parecía mucho hasta para soñado por un hombre como su hermano. ¿Qué pasaba, pues, por Ramón que quizá se relacionaba con su cuñada? Carlos no podía comprenderlo; pero que pasaba algo extraordinario, era para él evidente.

Con el objeto de averiguarlo, tanto como con el de servirle, acompañó á Ramón á su gabinete; pero en vano, mientras le vestía y acicalaba, le provocó la lengua: ésta no se movió sino para decir:

—He venido á Madrid á conocer de todo, y por eso voy esta noche al gran mundo. Si esto os desagrada, me quedaré en casa; pero si deseáis complacerme, no me contrariéis este capricho.

Carlos, que encontraba, hasta en las inflexiones de la voz de su hermano, algo de nuevo y aun de solemne, dejándose llevar sin disimulo de los impulsos de su corazón,

—No solamente—le dijo,—no te combato el propósito, sino que te aconsejo que persistas en él... y que procures aprovechar bien el tiempo esta noche.

—Gracias—respondió Ramón;—yo te juro que no te daré motivo para que te pese haberme aconsejado así.

¡Y qué ganas se le pasaban, entre tanto, de

contar á su hermano todo aquel capítulo de iniquidades que estaban abrasándole la memoria y punzándole la lengua!

Á todo esto iba empaquetándose en un traje de etiqueta; y salvas algunas estrecheces de frac por razones de espaldas, el improvisado *gentleman* no dejaba de estar presentable.

Faltábale únicamente lo que se llama, no sé por qué, *chic* de buen tono; y esto lo confirmaron la risa de su cuñada, el mohín de la marquesa y el respingo del marqués, cuando Ramón apareció delante de ellos con marcial desenvoltura y diciendo por toda excusa:

—Me faltan los guantes blancos para acabar de ponerme en carácter; pero los compraré, al pasar, en una guantería. Conque, perdón por la tardanza, y cuando ustedes gusten...

—Andando, pues,—dijo Isabel, tomando alegremente el brazo de su cuñado.

El apreciable matrimonio salió detrás.

Al quedarse solo Carlos, dejó caer su cuerpo en una butaca y la cabeza entre sus manos.

Debo al lector la explicación de estas tristezas y la de algunas, al parecer, incongruencias de carácter de este personaje. Ninguna ocasión como ésta para echar un párrafo sobre el particular.

Carlos no engañó á su hermano cuando le dijo que al casarse con Isabel, no existía entre ambos

una pasión ni mucho menos. Isabel conocía las brillantes cualidades morales de Carlos, que, por otra parte, era un mozo distinguidísimo y agradable. Un rival de más noble alcurnia y de mayor *lustre* social, quizás hubiera hecho muy difícil, si no imposible, el proyectado enlace; pero ese rival no existía ni Isabel le echaba de menos, especialmente desde que conoció los deseos de su padre en favor de su joven protegido. El anciano letrado no podía ignorar, con su experiencia y su talento, que su hija, en poder de un hombre sin más título que los de una ejecutoria ni más ambiciones que las de los vanos triunfos del lujo y la ostentación, llevaba muchas probabilidades de ser desgraciada, contribuyendo á ello su mismo caudal, que había de servir, sin duda alguna, para sostener esas mismas vanidades, cuando no otras menos lícitas del vanidoso.

De aquí su idea de unirla á Carlos, cuya modestia, cuya laboriosidad, cuya hidalguía, cuyo talento, formaban raro contraste con la petulancia, con la ligereza, con la ignorancia, con el impudor de la juventud *brillante* que en derredor veía.

En cuanto á Carlos, con la poco común hermosura de Isabel, su carácter noble y su fortuna inmensa, ¿cómo había de rechazar el pensamiento de su protector?

Cierto es que cuando consideraba con todos

sus peligros la región que era el elemento natural de su novia y descendía á meditar sobre sus propias tendencias, tendencias al trabajo, al aislamiento del hogar y á la modestia en todo, cruzaban por su fantasía cuadros que no eran de color de rosa y horizontes nada risueños; mas ¿para qué servían el buen sentido y la previsión y tantas otras dotes que no le faltaban á él? Además, en todas partes hay media legua de mal camino, y no era mucho el contrapeso de estos imaginarios peligros tratándose de las positivas ventajas que se le iban á las manos.

Cuando, terminado el luto por la muerte de su padre, volvió Isabel al gran mundo, Carlos, que ya había formado su resolución de sostener su casa á expensas de su trabajo para evitar los inconvenientes que le hemos oído exponer á su hermano, la acompañó siempre; pero no tardó en comprender que, así por sus ocupaciones como por carácter, le era imposible continuar por semejante senda. Aquel mundo, sobre robarle las mejores horas de estudio y de meditación, le oprimía, le asfixiaba; sus vanidades le afligían y sus exigencias le repugnaban.

Entonces llegó para él la cuestión grave. Su retirada le era indispensable; pero al retirarse ¿dejaba á Isabel allí, ó se la llevaba consigo? Esto, ¿con qué derecho? Aquello, ¿con qué razón de buen sentido?

Isabel era buena y de muy nobles y honradas inclinaciones; pero tenía demasiados atractivos para dejarla sola en una región en que la lisonja, la galantería, el lujo y todas las vanidades imaginables, entran por lo más esencial.

Sin embargo, Isabel no había conocido otro elemento que aquél: trasplantarla á otro más humilde, era desorientarla, sofocarla, violentar su carácter, contrariar, tal vez, los deseos de su padre, que allí se la entregó, pues Carlos no desconocía que al pasar Isabel de la tutela de su padre á la suya, no había cambiado de terreno, digámoslo así, sino de pastor.

¿Cuál de todos estos inconvenientes era el más atendible?

En la posición de Carlos no era fácil decirlo.

He aquí el razonamiento que por conclusión se hacía después de una batalla por el estilo: «Mientras yo no tenga un motivo *serio* que exponerla por disculpa, no debo alejarla del mundo; hablarla de precauciones, sería ofender su virtud, ó acaso despertar el enemigo que aún no conoce... En todo caso, dejemos pasar los días sin perder por completo de vista los acontecimientos, y... ello dirá.»

Arreglado á este modo de pensar, Carlos adoptó un sistema conciliador, dejando de ir á la sociedad sin retirarse de ella por entero.

Y así las cosas, crecieron las necesidades de

su casa, y para cubrirlas todas tuvo precisión de aumentar las horas de su trabajo; pero á costa de su salud. Isabel no reparó siquiera en ello.

Este fué el golpe más rudo que sufrió la resignación de Carlos; pero tampoco tenía derecho á quejarse de él. Su mujer podía decirle siempre: «¿por qué trabajas?» y á él no le era dable, decentemente, responderla: «porque no puedas decirme nunca que vivo á expensas de tu dinero.»

Falto de salud y recargado de trabajo y de disgustos, se retiró por completo de la sociedad, y entonces empezaron sus grandes amarguras; porque al considerarse lejos del peligro, dió en verle en su fantasía con proporciones colosales, y á su mujer caminando hacia él, vencida por una atracción irresistible.

Pensó en conjurarle de una vez para siempre, apelando á su indisputable autoridad de marido. Para ello era preciso hablar á Isabel, con cierto cuidado sí, pero hablarla al alma. La ocasión era la que jamás se presentaba. La misma mujer que, considerada lejos de él, le inspiraba tan serios cuidados, ¡le parecía de cerca tan incapaz de faltar á sus deberes! ¡Mostrábase siempre tan serena, tan digna, tan en posesión de sí misma! ¡Inspirábale tal confianza cuando la comparaba con la marquesa, su vecina é inseparable amiga; cuando observaba el efecto de bur-

la y aun de lástima, que en ella causaban las trivialidades y flaquezas de la fatua cortesana!

Y así se le pasaban las horas y los días, y jamás llegaba la ocasión de realizar los propósitos que formaba en sus soledades.

Para hacer éstas más angustiosas todavía, representábasele, sobre todas sus meditaciones, el desvío de Isabel. ¿Qué significaba aquella glacial indiferencia al dejarle solo y dolorido cada vez que concurría á las fiestas del mundo?

«Y ese mismo mundo—pensaba para colmo de amarguras,—¿qué juzgará de mí cuando me ve, al parecer, tranquilo en mi bufete, mientras mi mujer, mi propia honra, anda á su libertad conquistando el aplauso de los salones?»

Y en éstas y otras, sufriendo siempre acerbo martirio en el alma, pasóse más de un año y llegó Ramón á Madrid.

Tampoco á él se le habían ocultado los tenaces galanteos del vizconde; pero en este punto estaba tranquilo, porque jamás creyó á un tipo semejante capaz de hacer vacilar la virtud de Isabel.

Sin embargo, fué aquel mequetrefe uno de sus mayores sufrimientos, por ser el único hombre á quien había visto intentar siquiera tamaño ultraje á su honra.

Estaba, pues, con esta disculpa más resuelto que nunca á establecer en su propia casa la hon-

rada tranquilidad á que le daba derecho su cualidad de jefe de familia, máxime desde que su hermano estaba siendo testigo de ciertas apariencias que sólo con serlo le afrentaban.

Sensible en este punto y hasta visionario, no hay para qué decir con qué cuidado observó hasta el menor movimiento de los producidos en su casa desde el mediodía, por la aparición en ella del dichoso aderezo, especialmente al presentarse su mujer adornada con él; tanto, que sin la inesperada resolución de su hermano, acaso hubiera tomado el mismo partido, cuando no el de prohibir á Isabel salir de casa aquella noche. Ignorante de lo que ocurría, pero en el firme convencimiento de que ocurría algo extraordinario y tal vez grave, el mejor remedio era cortar por lo sano y tomar en el acto el partido que estaba resuelto á tomar muy pronto. Esto no sería muy diplomático, pero sí muy saludable.

Por eso aplaudió en su interior el deseo de su hermano, que, sin hacerle á él sospechoso ni violento, podía contribuir á descubrirle la verdad sin menoscabo de la honra; por eso, dejándose llevar de sus impresiones del momento, pero guardando siempre el debido respeto á su propia dignidad, le hizo aquella advertencia mientras le vestía; advertencia que, aunque vaga en los términos, quizá fué comprendida por

Ramón, por esa intuición misteriosa que une á dos seres á quienes afecta un mismo infortunio ó sonrío una misma felicidad.

En tal situación de ánimo, y enfermo más que nunca del cuerpo, le dejó Isabel aquella noche, sin fijarse siquiera en los estragos que en su semblante iban haciendo tantas horas robadas al sueño y al reposo, para adquirir las enormes sumas que ella despilfarraba sin duelo en caprichos y frivolidades.

## VII

La condesa viuda de Rocaverde luchaba ya, con la desesperación del vencido, contra los rigores del tiempo, y en vano reparaba con artificios de tocador las brechas que á cada momento abría en su cara el implacable enemigo. Verdadero monumento en ruínas, quedábale tal cual vestigio de su pasada hermosura, que celebraban los solterones, sus contemporáneos, y estudiaban los jóvenes aficionados á la humana arqueología.

El conde de Rocaverde fué muy rico; y aunque no tan pródigo como su mujer, cuando á los pocos años de casado murió... «por no enfadarse» como decía la fama, no dejó al mundo más que una triste memoria de su carácter, al-